

La Guinea Española

Al Excmo. Sr. Gobernador General

D. ANGEL BARRERA Y LUYANDO,

EN SU FELIZ REGRESO A LA CAPITAL DE LA COLONIA,
SALUDA MUY CORDIALMENTE HACIENDO VOTOS MUY FER-
VIENTES AL ALTISIMO, PORQUE LA NUEVA ETAPA DE SU
MANDO EN LA GUINEA ESPAÑOLA MARQUE UN AVANCE GI-
GANTESCO EN LA OBRA DE NUESTRA COLONIZACION EN
AFRICA, TAN GORIOSO Y SU GESTION COLONIAL DE RE-
SULTADOS TAN POSITIVOS QUE SEAN ORGULLO PARA CUAN-
TOS DE NUESTROS COMPATRIOTAS CULTIVAN LA HISTORIA
AFRICANISTA DE ESPAÑA Y UN EJEMPLO EDUCADOR PARA
LOS EXTRANJEROS QUE SE PREOCUPAN DE LA ACTUACION
EUROPEA EN EL CONTINENTE NEGRO.

*Saludo, votos y esperanzas que interpretando las
palabras y el sentimiento popular eleva hasta V.E.*

La Dirección de «La Guinea Española.»

SANTA ISABEL 9 DE DICIEMBRE DE 1924

Vicariato Apostólico de Fernando Poo

Bula de proclamación del Año Santo

(Continuación)

Indulgencia plenaria

Nós acordamos y concedemos que en el curso de este Año Santo pueda ganarse indulgencia plenaria con entera remisión y perdón de los pecados por todos los fieles, los cuales, confesados y comulgados con las debidas disposiciones, visiten a lo menos una vez al día las basílicas de San Pedro, de San Pablo, de San Juan de Letrán y de Santa María la Mayor, y oren según nuestra intención: y esté por espacio de veinte días si se trata de romanos o residentes en Roma, o al menos de diez si son peregrinos; días que pueden ser seguidos o intercalados y naturales o eclesiásticos, esto es, contando desde las primeras vísperas del día hasta el fin del crepúsculo vespertino del día siguiente.

Por la paz

Cuál sea además, oh, queridos hijos! la intención general del Romano Pontífice, vosotros no lo ignoráis ciertamente: sin embargo, Nos deseamos que, con ocasión de este Jubileo, os unáis a Nós pidiendo a Dios una cosa muy en particular: nos referimos a la paz, no tanto a la fijada por los tratados, cuanto a aquella que debe reinar en los corazones y debe renovarse entre los pueblos; paz, que sin estar tan lejana como antes, todavía dista mucho más de lo que todos deseáramos.

Y si vosotros, habitantes de Roma peregrinos que a ella acudáis, libráis todos de las cadenas del peca-

do y encendidos en caridad, venís a implorar sobre la tumba de los Apóstoles este bien principalísimo, ¿no podremos esperar con razón que Cristo, Príncipe de la Paz, el cual sosegó un día con su gesto las olas del mar de Galilea, movido finalmente a compasión, querrá devolver la calma y la serenidad a esta nuestra Europa, que hace tanto tiempo es agitada por tan furiosas tempestades?

Asimismo deseamos que todos aquellos que habitan en Roma o que a ella vengan con motivo del Jubileo, encomienden ahincadamente a la misericordia de Dios otras dos cosas que Nós producen grandísimos desvelos e inquietudes y son de interés sumo para la Religión, a saber: el retorno de todos los acatólicos a la verdadera Iglesia de Cristo y el arreglo y ordenamiento definitivo de la Tierra Santa, en conformidad con los santos derechos del Catolicismo.

Las disposiciones, que más arriba hemos establecido como necesarias para ganar todas las indulgencias del Jubileo, entendemos que, para los que durante el viaje, o aquí en Roma, por enfermedad, muerte u otra legítima causa no puedan cumplir en el tiempo establecido el número de las visitas prescritas o no hayan podido comenzarlas, sean templadas de modo que, confesados y comulgados participen ellos también de la misma indulgencia y remisión jubilar, como si de hecho hubiesen visitado las cuatro basílicas arriba mencionadas.

(Continuará)

NOTAS RELIGIOSAS

INDICADOR RELIGIOSO.

EL ADVIENTO.— Es una de las principales estaciones del año litúrgico. Su objeto no es otro que el de prepararnos a la gran solemnidad del Nacimiento de Jesucristo.

Representa el largo período de siglos que precedió a la venida del Mesías, período de ansiosa expectación para la humanidad, que anhelaba a su Salvador, tantas veces prometido por las Escrituras y cuyas virtudes anunciaron anticipadamente en sus descripciones sublime: los Patriarcas y Profetas.

Al mismo tiempo, es la mente de la Iglesia, el que el Adviento nos sirva de preparación para el segundo advenimiento de Jesús.

Consumados los tiempos, Jesucristo, Rey inmortal de los siglos, descenderá de nuevo, no como débil Niño sino como justísimo Juez de vivos y muertos. Por eso la santa Iglesia quiere que nos aprovechemos de la primera venida de Jesús, que es venida de misericordia, para que nos encuentre bien prevenidos la segunda que será de justicia, cuando, revestido de soberana majestad, venga a juzgar al mundo.

ECOS de la PARROQUIA

LA INMACULADA. (8 Diciembre).—

Todos los títulos, todas las gracias con que fué enriquecida por el Omnipotente la amantísima Madre de Dios, la hacen digna de veneración y amor; mas este singular privilegio de su Inmaculada Concepción la adorna de una aureola tan refulgente, que la constituye la criatura más santa, más excelsa y más digna de admiración. Toda la liturgia de esta festividad es un himno, una hermosa y solemne proclamación de este singular privilegio de María. Comenzó a celebrarse en la Iglesia desde los primeros siglos del cristianismo. Es verdad, que no se llamaba entonces la *Concepción Inmaculada*, sino simplemente *Concepción de Ma-*

ría; pero el hecho de su institución y celebración expresaba ya lo bastante la creencia de la cristiandad.

S. Bernardo y Sto. Tomás enseñan, que la Iglesia no puede celebrar la fiesta de una cosa que no sea santa; la Concepción de María fué por consiguiente, santa e inmaculada, puesto que la Iglesia hace ya tantos siglos que la honra con una fiesta especial.

La Iglesia griega, más próxima heredera de las tradiciones de Oriente, la celebraba ya en el siglo VI. En Occidente vemos que la Iglesia visigoda de España la tiene establecida desde el siglo VIII.

Un célebre calendario del siglo IX, grabado en mármol, para uso de la Iglesia de Nápoles, nos la muestra vigente en esta época.

Por los años 1066 instituyóse esa fiesta en Inglaterra, de donde pasó a Normandía, y de aquí a tierras de Francia. En 1049 la venimos en Alemania, sancionada por un Concilio presidido por S. León IX.

Por fin la Iglesia de Roma la adoptó también y con su concurso hízose más imponente este concierto de todas las Iglesias. Sixto IV, en 1476, publicó el decreto estableciendo esta fiesta en la ciudad de Roma; y S. Pio V, en 1568, publicó la edición del Breviario Romano, cuyo calendario la lleva inscrita.

Los tres bien conocidos Estados de Europa, España, Alemania y Francia, distinguieronse, cada uno a su manera, en las manifestaciones de piedad hacia la Inmaculada Concepción de María. Pero fué España la que aventajó a todos en celo por este privilegio de María. Desde el año 1398, el rey de Aragón, Juan I, publicaba una carta solemne poniendo su persona y su reino bajo la protección de María, concebida sin pecado. Más tarde los reyes Felipe III y Felipe IV enviaron embajadores a Roma solicitando la decisión que el cielo, en su misericordia, reservaba para nuestros tiempos. Carlos

III obtuvo de Clemente XIII que la Concepción Inmaculada de María fuese declarada fiesta patronal de España y de todas sus colonias. Nuestros antepasados inscribían en el frontispicio de sus casas la alabanza de este privilegio de María, y la adoptaron como fórmula de salutación: "Ave María Purísima: Sin Pecado concebida." mereciendo nuestro pueblo por su devoción a la Ida. ser llamado el pueblo de la Inmaculada.

Por fin llegó la hora de la proclamación solemne de este gran dogma por Pío IX el 8 de Diciembre de 1854 con aplauso de todo el mundo católico. que vió colmadas sus ansias y deseos. Esta proclamación, no fué la *invención* de una nueva doctrina, sino la *declaración* de la doctrina contenida en las fuentes mismas de la revelación.

ANECDOTAS RELIGIOSAS.

Uno de los más seductores ingenios del siglo pasado, al bajar al sepulcro en edad avanzada, vió de pronto explayarse ante sus ojos horizontes para él inexplorados y sintió su alma bañada en un mar de luz.

Mientras entregaba a su hijo menor el Crucifijo que acababa de besar, decíale:

—"Hijo mío, también yo fui muy joven; pero, créeme, lo que acabas de ver no es indicio de vejez...

Estas palabras prestaban a la solemnidad del acto en que fueron pronunciadas una autoridad tal que desvanecía toda idea de cobardía o atolondramiento.

El día siguiente ese hijo decía a sus hermanas:

—¡Lástima que no hayan visto lo que nosotros, los que consideran la muerte como un término! Mi padre les hubiera hecho ver que es un viaje.

Cuando están los hombres próximos a abandonar este mundo, cuando el alma rompe las ligaduras de la carne, súbitos resplandores descubren todas las quimeras de este prolongado sueño que llamamos existencia.

Entonces aparece Dios como rasgando las nubes; el alma lo siente, lo ve, y vuelve hacia Él los ojos como a un manantial de luz.

Por eso no hay incrédulos en el lecho de muerte: más todavía; en la otra vida todos pensaremos lo mismo; pero con una diferencia, que unos ya no podrán subsanar las consecuencias de su error de acá; mientras que los otros se consolarán doblemente con sus antiguas creencias.

A. R.

ESTUDIOS COLONIALES

Religión y moral de los Ndowes

de nuestro continente

Prescindiendo de eso que en otras esferas han dado por llamar "evolución del dogma" y de la verdad o mentira que este aserto entrañe, es un principio a todas luces evidente y que brilla con luz más que meridiana, que la religión primitivo-natural-aparte, claro está, la revelada- de un pueblo ha seguido siempre el derrotero que le marcó la civilización y cultura del mismo pueblo.

Los monolitos y megalitos de la época prehistórica, los dólmenes y túmulos de

aquellas remotísimas edades perdidas en la noche nebulosa de los tiempos primeros por que empezaron a evolucionar los pueblos hoy civilizados, indicios son del primer período religioso que tuvieron estos pueblos; los templos que a estos siguieron y los monumentos funerarios que se erigieron después, marcan ya nuevo peldaño en la historia de las religiones, período posterior de un idealismo más puro y elevado, de religión de ultratumba, a donde remontaba el alma después de haberse des-

pojado de los arreos materiales que la atarían en el sepulcro.

Subiendo más arriba a nuevas esferas de vientos más puros y confortantes, llegamos ya a concepciones verdaderamente geniales, a teosofías hermosas e ideales dignas de pueblos cultos y civilizados, como las de los hindus y otras razas orientales.

Ahora bien, como quiera que los pueblos naturales se hallan siempre en período de evolución y formación, en un nomadismo constante, la religión natural que ellos profesan ha de adolecer de estos defectos, ha de llevar consigo estas marcas y caracteres y esto es precisamente lo que admiramos en nuestros biografiados los Sres. Ndowes de nuestro continente.

A la sazón aquella en que se andaban errantes por las márgenes del Lokondje como los dejamos en nuestro artículo anterior, no tenían ni templo, ni altar, ni monumento alguno en que ofrendaran sus sacrificios a la divinidad: no que la abandonaran, o no se acordaran de ella ni que tampoco la reverenciaran siquiera en sus adentros, nada de eso, pero monumento en que la tributaran sus homenajes o pira donde sacrificaran sus ofrendas y libaciones, no hay rastro de ello.

Y ¿qué templos nos habían de construir cuando todo, en aquel azaroso vivir era miedo, sobresalto y preocupación? ¿y qué reliquias y monumentos nos habían de legar si una horda arrasaba lo que edificara la otra?

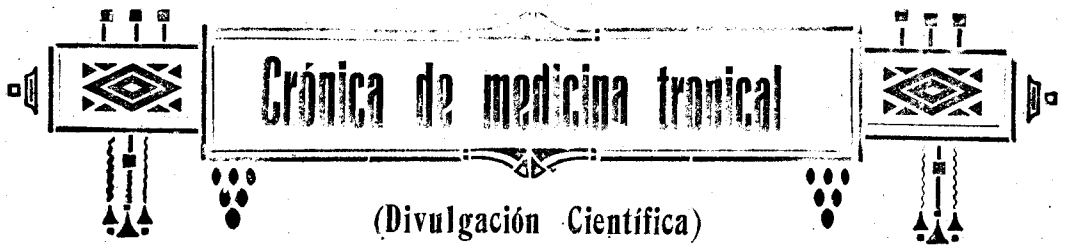
No tuvieron entonces nuestros ndowes otra idea religiosa que la de sus mesungas, mabumbas y malandas que llevaban consigo, constituyendo este el único sistema religioso primitivo en que se movieron nuestros ndowes, en cuyo alrededor giran cuantas manifestaciones religiosas nos datan de aquellas edades.

De aquí que todo se arreglase entre ellos *"na rea meninana a mesunga. Nongo na mabunba"* los sacerdotes, eran los mokukus y medicineros cargados de amuletos y tontorías en cuyo empleo cifraban el secreto de sus éxitos y oráculos; los templos, los *mobes* y *velikas* de las agrupaciones y barriadas a donde a cita de tambor acudían cuantos curiosos descaban contemplar las manifestaciones

del mokuku; los vasos sagrados, los pates, ollas; redomas y zaques, pellejos de cabra y demás cachivaches en que a vista de todos se cocían cuantos tasajos de carne daba la pobre víctima, el cabrío que pedía el adivino, y los brevajes de yerbas cuidadosamente recogidas en los bosques; las fórmulas, las rituales y litúrgicas que a la letra profería el brujo con no pequeño misterio, no fuera que algún malandrín y pelafustán le sorprendiera el secreto con la ruina total de su fortuna; las libaciones, las sacaba con cuidado el mokuku diciendo más cosas sobre ellas que credos y paternostres Don Quijote sobre la alcuza del bálsamo de Fierabrás y haciendo cuanto no se ocurrió a aquel pobre diablo malferido para sanar de la paliza con que le midieran en la venta que él para su mal, creyó castillo.

Este sistema religioso en sí llano y sencillo como aparece, resultaba a la postre asaz enredado por las mil y una aplicaciones que de él se hacían nuestros ndowes; todo encajaba en él y bien o mal todo se había de ajustar y medir por él: desde lo más secreto y oculto que tenía el hombre, y que él solo se lo sabía y el mokwaloba presenciaba, los pecados, hasta las cosas más bajas y rastreras que apenas se alzaban de los suelos a todo se avenía este sistema religioso. ¿No lo vemos así claro en aquella horrible tempestad, negra como la que más, desencadenada por las mesungas que agitó en las alturas *Djoba dja Mabudi* y en aquellos truenos y relámpagos que resonaban tan solo en las huestes de los *litjetji*, sin producir el menor trastorno entre los pobres ndowes harto atemorizados por aquella otra no menos horribilísima de flechas y sangre con que los amenazaban de cerca sus terribles contrarios? Y si aquella pobre mujer de la familia Bobenda que horas y horas se estuviera la infeliz apostada en las riberas del río de aguas negras a donde se atascaron los ndowes temerosos de surcar aquellas aguas turbias, al fin tuvo la suerte de ver el *rombe* (una especie de venado) que tranquilo surcaba aquel río, ¿no fué al fin efecto de alguna mosunga o ibumba que acaso alguien lanzara en él?

Pascual



Crónica de medicina tropical

(Divulgación Científica)

Un paréntesis, que ha sido breve, hube de abrir, pero por fortuna quedó ya cerrado; algo íntimo, que nunca con más propiedad que ahora puede decirse que fué "el secreto a voces" me impuso el silencio por el respeto que los lectores merecen, y por el respeto que yo a mí mismo me debo, y me creí obligado a no escribir el artículo en el número anterior de la Revista, en tanto no quedara duda ninguna de mi honorabilidad, pero..... vaya, estas son miserias humanas que acá, allá y acullá, - es triste para la humanidad -, allí donde viven núcleos de personas que constituyen sociedad, de distinta educación cívica y de la otra, de diferente manera de apreciar, observar y practicar el respeto debido; se hace tan difícil el vivir, que es preciso para evitar males mayores, o aislarse o marcharse; y una vez explicado el porqué de mi ausencia de la Revista en el número pasado, reanudaremos la charla con los amables lectores en esta serie de Crónicas, que, enrevesadas y peor escritas, lanza a la publicidad un médico soñador, que solo quiere cultura y educación y sobre todo y ante todo Patriotismo, Moralización, buenos ejemplos, respeto a la Autoridad, acatamiento absoluto al prestigio que la inviste, y ver cómo esta hermosa y rica Colonia prospera y se engrandece y alcanza a ser allá, en nuestra España querida, conocida y apreciada como una Hijita menor, que muy lejos de ella, crece y se desarrolla bajo el paternal Gobierno del Excmo. Sr. D. Angel Barrera, que con sus acertadas y plausibles iniciativas de gobierno, hace que estos Indígenas, estos pobres morenos, conozcan que su Patria, que su España, les enseña, les ampara y los hace hombres útiles a sí mismos y a la sociedad, inculcándoles en su alma y grabando en su corazón sentimientos de gratitud hacia la Nación

gloriosa, generosa y sublime que les hizo hijos suyos; y basta como preámbulo; pero ruego a todos un poco de indulgencia por la libertad que me he permitido al relatar un suceso que a mí solo me afectaba, y confío en que me será perdonada esta expansión de mi alma.

Habíamos hablado de las fiebres *remittentes simples*, y *remittente biliosa* y por el orden con que aquí se observan los distintos tipos de infecciones palúdicas corresponde para hoy el decir algo de la aquí tan conocida con el nombre de Hematúrica, pero que no lo es tal, sino que es la *fiebre biliosa hemoglobinúrica* y es el tipo, pudiéramos decir, de fiebre que, como el cólera en el Continente Asiático, y la fiebre amarilla en el Americano, constituye la característica del Continente Africano en su zona interecuatorial, y de la que mueren la mayoría de los Europeos que residen en ella y son afectados de tal forma palúdica.

No hace falta ser gran observador para que aquel que vió una sola vez un enfermo de Hemoglobinúrica lo olvide; siempre hace su debut con síntomas que no varían, fiebre alta, vómitos biliosos y orinas coloreadas fuertemente por la materia colorante de la sangre (hemoglobina) que da la sensación para el profano en conocimientos médicos de que aquella orina es sangre, porque aparte de la hemoglobina arrastra en cantidad asombrosa las materias coloreantes de la bilis y es esto precisamente lo que la distingue de la *fiebre hematúrica*, por fortuna aquí desconocida.

No son estas Crónicas para hablar de hipótesis sobre la naturaleza de este tipo de fiebre, que unos autores la incluyen como una variedad y forma grave del paludismo, mientras otros la creen producida por un microbio de la categoría de los invisibles; pero sea de ello lo que fuere,

lo interesante para nosotros los que por acá vivimos, es saber cómo podemos precavernos contra esa gravísima forma de manifestarse el paludismo, nada que ya no hayamos dicho sobre la higiene a observar y practicar por los Europeos en Africa, podemos añadir pero lo que sí de una manera categórica hemos de recomendar, que no se ingieran dosis de quinina excesivas (un gramo diario) como algunos desconocedores, es claro, de la acción de la quinina en el organismo practican para inmunizarse contra la infección palúdica; que no saben que ello solo puede producir una hemoglobinuria en los individuos predispuestos por ataques anteriores de malaria, cuyos hemáties (glóbulos rojos de la sangre) ya están suficientemente alterados para que una droga tan virtuosa pero de acción tan directa contra la malaria y que por el riñón se elimina, altere con dosis tóxicas el filtro renal, fluidifique la sangre, y con la orina, mezclada con ella se elimine la hemoglobina de los hemáties.

Para que el Europeo que resida lejos de poblado sepa diferenciar una *biliosa remitente simple* de una *biliosa hemoglobinúrica* (que esta requiere desde el primer momento la asistencia médica) diremos en forma y de manera que pueda ser comprendido por los no iniciados en tecnicismos médicos, que una y otra forma tan similares y tan diferentes en gravedad se diferencian: 1°. Por una intensa sensación de frío que precede a una reacción febril inmediata, las temperaturas son altas (39 - 40 - 41), y aún es frecuente ver que la columna del termómetro llega y rebase en dos y tres décimas al grado 42) - 2°. Por la emisión de una orina de color rojo-oscuro o más bien casi negro, (como el vino tinto cargado) - 3°. Por la ictericia rápida (coloración amarilla de las corneas y de la piel) vómitos biliosos intensos, agudos dolores en la región lumbar (lomos) riñones; pero este mismo tipo de fiebre, como contraste, puede manifestarse (y no es excepcional el caso) de otra manera, que aquí desgraciadamente es obradamente conocida, es la forma Anúrica (el no orinar) y es la forma apirética la más grave, fatalmente mortal: se observa esta forma clínica en individuos anémicos,

palúdicos y desgastados por causas de distinto origen que el malárico, (avariosis, alcoholismo, etc.): en la *Biliosa simple* la ictericia es tardía, es lenta en manifestarse, la orina no alcanza nunca el grado tan pronunciado de coloración, las reacciones febriles no son tan intensas, el dolor de riñones raras veces se presenta, y la forma apirética (menos que fiebre, muy por bajo de la temperatura ordinaria) 35°.-; jamás en una *biliosa simple franca* se complicó una hipotermia como con harta frecuencia observamos en los hemoglobinúricos.

Terminaremos esta Crónica con la recomendación terminante de que al observar el enfermo alguno de los síntomas que expusimos no demore el solicitar la asistencia médica, porque sino se expone a que esta fiebre *biliosa hemoglobinúrica* en sus distintas formas clínicas, Frustrada, Ligera, Anúrica, Recurrente, Sub-intrante, Hemorrágica, y Apirética, acabe con su vida o le deje como recuerdo triste y doloroso de su estancia en Fernando Poo y Guinea, una enfermedad crónica de los riñones, una nefritis crónica, que acabe con la vida del enfermo después de años de sufrimientos.

GUILLERMO ROCAFORT,

Médico del Servicio Sanitario Colonial
y de la Cruz Roja Española.

Santa Isabel, 3 de Diciembre de 1924.

LA IGLESIA CHINA

La institución de la jerarquía católica en una nación es acontecimiento memorable en su historia religiosa. Con ella entra dicha nación oficialmente en la Iglesia universal; y aunque sólo sean católicos una parte de sus habitantes, viene a formar dentro de ella la Iglesia nacional católica, con su personalidad y características raciales.

China, la nación más antigua de las que hoy existen y considerada hasta ahora como país de misiones simplemente, va a dar este gran paso, cuyas consecuencias pueden ser grandiosas. La Iglesia católica se prepara a recibir esta nueva hija que viene de Orien-

te; el Episcopado católico del mundo entero se regocijará, puesto que se verá aumentado con un nuevo Episcopado nacional. China, la nación pagana milenaria, empieza a ser considerada como nación católica.

Hace poco tuvo lugar allí un concilio nacional, y uno de los votos del concilio ha sido precisamente elevar a la Santa Sede la petición de que se establezca la jerarquía eclesiástica como en las naciones completamente evangelizadas. Las actas del concilio chino están ya en Roma; han pasado a manos de los consultores de la Congregación de Propaganda, y, con la aprobación del Romano Pontífice se empezarán los trámites y reformas necesarios.

Los países de misiones propiamente dichos están gobernados por Vicarios apostólicos, llevando el nombre de Vicariatos las divisiones territoriales sobre las que el Vicario ejerce su autoridad espiritual. También hay Prefectos apostólicos; pero todos ellos tienen el carácter de Obispos. Estos Obispos tienen a veces por catedral una choza, sin más canónigos ni dignidades que algún catequista indígena. Ahora se trata, pues, de erigir los vicariatos en diócesis regulares, con su iglesia catedral, cabildo, coro, curia, etcétera. Los vicariatos llevan generalmente el nombre del territorio; las futuras diócesis se nombrarán con el nombre de la ciudad principal. Así, el vicariato de Manchuria del Sur, por ejemplo, se llamará diócesis de Mukden; el vicariato de Tcheli del Norte será la diócesis de Pekin. Aunque por ahora conservan las nuevas demarcaciones el nombre de vicariatos, este cambio de nombre es el primer paso para la institución de las diócesis regulares.

En realidad, en muchos vicariatos apostólicos de China apenas se notará el cambio, pues están ya organizados como diócesis; pero el desarrollo del catolicismo en China ha alcanzado ya tal desarrollo, que el concilio mencionado ha creído necesario presentar la petición a la Santa Sede de que se establezca la jerarquía regular.

Tenemos ya en China 1.071 sacerdotes indígenas y dos Obispos chinos también. Vale la pena de poner aquí los datos biográficos del primer Obispo que la China

da a la Iglesia católica. Es franciscano y se llama Odorico Tcheng; nació el año 1873; entró en el noviciado en 1894; se ordenó sacerdote en 1900 y fué consagrado Obispo hace poco. Es Prefecto apostólico de Puki; el otro Obispo se llama Melchor Suen, y es Prefecto apostólico de Lih-sien. Ambos son muy instruidos y traducen al chino libros católicos.

De modo que la mitad casi de los dos mil y pico sacerdotes católicos que hay en China son ya indígenas. Esto hace suponer que a la vuelta de pocos años sucederá lo mismo con los Obispos. De éstos hay actualmente 58; al concilio asistieron 47; entre ellos cinco españoles. Por ser el primer concilio plenario de la Iglesia celebrado en China, esta asamblea ha revestido una importancia extraordinaria, como se ve en los resultados de su actuación. Con él se inicia, sin género alguno de exageración, una era nueva para la expansión de la Iglesia católica en las vastas regiones del paganismo oriental.

China, dividida ahora por la guerra civil, tiene casi la población de Europa; sin embargo, sólo millón y medio de sus habitantes ha recibido la buena nueva. Probablemente desde hace trece siglos comenzó la predicación evangélica en China. La inscripción de Sin-gan-fu, que lleva la fecha de 781, nos dice que por ese tiempo los Misioneros nestorianos tenían ya varias iglesias y monasterios y predicaban libremente el Evangelio. Antes que ellos el año 636 tal vez, un sacerdote llamado Yaballah daba a conocer en China al Salvador del mundo; hasta se cree que otro sacerdote fundó un reino. No obstante, el año 845 aparece el primer decreto del Emperador, en que se destierra a los cristianos; China no quiso saber nada del cristianismo ni de la civilización cristiana. Hoy nuestros misioneros la recorren en todas direcciones; sus 58 Obispos, con 2.552 sacerdotes y un número mucho mayor de catequistas y auxiliares, levantan el edificio de la futura Iglesia China. Quizás la guerra civil destruya templos, hospitales, escuelas; la guerra es la guerra, lo mismo en los campos de Francia que en los campos del Sol naciente. Esperamos, sin

embargo que ello no impedirá el desenvolvimiento del catolicismo. Unos 600 católicos Chinos estaban ya inscritos en la peregrinación del Año Santo; podría ser que la contienda fratricida destruyera sus piadosos planes; siempre quedará la buena voluntad y el hecho de «una gran peregrinación china a Roma». Y dentro de poco tendremos la «Iglesia de China» formando parte de la Iglesia católica; una vez establecida la jerarquía regular, la evangelización de China entra en una nueva fase. Una catedral católica en Pekín, por ejemplo, con sus canónigos y la pompa de su culto, la predicación sabia y la influencia social de una corporación de ese género, supone un cambio profundo en la población, en sentido católico. El horizonte de la Iglesia se ensancha por todas partes; la hermética China, nación pagana por excelencia, se abre también a la luz del Evangelio, a la vuelta de un siglo habrá varios millones de católicos. Quizás la Providencia nos dé para allá también grandes sorpresas en el orden religioso; *l'avenir est a Dieu*.

Manuel Graña

“La patria de Colón”

No hace mucho hemos leído en «El Debate» que, según la escritora norteamericana Mrs. Adams, dos hombres de estudio británicos han hecho un detenido estudio para probar que Cristóbal Colón nació en un pequeño pueblo de Pontevedra, y que pronto se dará a la publicidad mundial un libro con el resultado de sus investigaciones. En ese libro acerca de la patria del gran descubridor, aunque sea libro de indagación personal y nueva, ¿no habrán influido algo las obras españolas sobre la materia, con la copia de trabajo realizado que aportan, y más que otra alguna aquella que las resume a todas, con aumentos? Me refero al libro del doctor Calzada «La patria de Colón», del que pudo escribir el insigne estadista español don Antonio Maura.

«Soy lector atento de cuanto se viene pu-

blicando acerca de la patria de Colón, y he consagrado una reposada lectura a las páginas donde usted agota cuanto se ha dicho sobre tan importante asunto.»

Puesto éste sobre el tapete por la próxima publicación del libro inglés, no dejaré de ser oportuno y curioso un breve análisis periodístico del libro español más notablemente adicionado, está próximo a reeditarse, y esto aumenta todavía la oportunidad del presente ligero comentario o resumen. La célula, digámoslo así, de este libro de don Rafael Calzada, ha sido una conferencia en el Teatro Nacional de Asunción del Paraguay, acerca del primer almirante del Océano: esa conferencia, muy ampliada, adicionada con capítulos enteros, forma un volumen de cerca de trescientas páginas en octavo, y me limitaré a consignar brevemente el resultado de su lectura.

El doctor Calzada tiene una frase gráfica para significar el hecho, consignado por los historiadores del descubrimiento de América—comenzando por el propio descubridor—de la patria genovesa del almirante: «Dogma histórico «petrificado». No pocos de estos hieráticos dogmas petrificados, de estos errores seculares, han sido al cabo reducidos a polvo por el martillo de la crítica histórica. Bien puede ser que la patria de Colón, aunque en diversos lugares de sus escritos se diga genovés, venga a resultar española.

Ya se echa de ver que no es tan fácil como refutar a historiadores contemporáneos o posteriores de un suceso, echar por tierra la autoridad y el testimonio del propio interesado del protagonista; pero como tampoco esto es imposible, ni mucho menos, digamos algo de alguno de los fuertes argumentos de los partidarios de la patria española del almirante.

Al afirmar el glorioso marino que era de Génova, pudo obrar así impulsado por ciertas conveniencias que, sin empañar ni deslustrar mucho su figura moral, le llevasen a ocultar su verdadera patria y a adoptar otra supuesta. ¿Que motivos tan poderosos pudieron moverle a tamaña simulación? La humildad plebeya de su cuna y el probable origen hebreo de su familia, siendo esta española, en la hipótesis que venimos re-

fiejando: tales son las causas que sus partidarios aducen.

Sabido es que el escritor gallego señor García de la Riega, autor del libro titulado «Colón español», descubrió unos documentos, según los cuales, en el siglo XV existían Colones en Pontevedra. Algunos de estos «Colón» pontevedreses eran gente de mar. Por el contrario, los «Colombos» o «Columbos» de la «Raccolta» son todos cardadores de lana, tundidores, taberneros, sastres, etc., etc., menestrales y gentes de oficio, en fin, muy de tierra firme. La autenticidad de estos documentos, por lo que al apellido Colón se refiere, ha sido puesta en tela de juicio por el señor Sanz. El señor García de la Riega, comprometiendo la solidez de esta prueba que aportaba, se permitió reforzar algunas letras en la escritura antigua.

Por otra parte, parece que la Inquisición aragonesa encarceló y entregó al brazo secular, en el segundo tercio de aquella centuria, y no muchos años antes de presentarse en la Corte de los Reyes Católicos el descubridor ligur—o español— a un judaizante de su mismo apellido. ¿Era pariente de los marineros galaicos? Otros Colones había en Extremadura. No es imposible, ni siquiera inverosímil, que el almirante, perteneciendo a los Colones de Pontevedra, llevase en sus venas sangre de Israel, y que, llevándola, no tuviese el valor de confesar su origen, por ciertos respetos, principalmente por temor de que la grande empresa que meditaba se le malograra (Bueno será advertir que Colón no alcanzó la inmortalidad, «como dechado de perfección moral ni como santo digno de ser venerado en los altares»—como pretendía el historiógrafo francés Roselly y de Lorgues—sino como «revelador de la mitad del mundo y autor pacífico de la mayor revolución de la historia moderna». Así, don Fernando Colón, en su «Historia», nada dice del supuesto matrimonio clandestino del almirante con Beatriz Enríquez, madre de don Fernando; y tampoco sabe a punto fijo dónde nació su padre, apuntando hasta cinco opiniones diversas. No he de ocultar que a estas razones se les podrían hacer fuertes reparos si no las sus-

tentaran los dos más firmes argumentos que en el libro del doctor Calzada se leen y que pasamos a exponer sucintamente.

Ambos razonamientos están basados en los escritos mismos de Cristóbal Colón. De sus «Relaciones y cartas» ha venido a deducir el doctor Calzada, como muy probable, el galleguismo de Colón. Hay allí muchas voces galaicas. Aunque algunas resulten explicables por su larga residencia en tierras de Portugal (catorce años), otras parece que sólo pueden proceder de Galicia misma, por no haber sido nunca comunes al gallego y al portugués, o por no serlo ya en las postrimerías de la décimo-quinta centuria. Desde luego, no son castellanas. Hay otros indicios menos seguros, aunque también muy sugestivos, como son ciertos nombres dados a algunos de los primeros lugares descubiertos, y que son también nombres de lugares y parajes pontevedreses.

Esto, por lo que hace a la probabilidad de su patria gallega. De su nacionalidad italiana hace dudar, además de todo lo expuesto, un autógrafo de Colón descubierto por el doctor de la Rosa y López, miembro que fué de la Real Academia sevillana de Buenas Letras. Tuvo dicho señor la fortuna de hallar «ocho códices pertenecientes a don Cristóbal, dos manuscritos y seis impresos, conteniendo cuatro de estos últimos, en las márgenes, varias anotaciones de su puño y letra.» Una de estas anotaciones está en italiano. Consta de 61 palabras, que el doctor Calzada analiza con el siguiente resultado: una tercera parte de esas palabras son castellanas, de las que sólo tres son comunes al italiano; las dos terceras partes restantes contienen muchas palabras mal escritas y algunas que no son enteramente italianas, aunque pretendan asemejarse al italiano. No es verosímil que quien tan maravillosamente se asimilaba las lenguas extrañas como en sus relaciones hechas en bella y sabrosa fábula castellana puede comprobarse, con tanta facilidad olvidase la propia.

La tesis de la patria española de Colón, que el doctor Calzada sustenta con más copia de pruebas y más acerada argumentación que otro alguno, y que interesa y gana a doctos extranjeros, parece próxima

a triunfar, si no ha triunfado ya. El libro de don Rafael Calzada se recomienda, además, por la mucha y varia erudición, nunca árida y prolija, y por lo aneno y fácil del estilo con que narra y expone todo lo concerniente a este importante pleito histórico que el autor dilucida.

Casimiro Cienfuegos.

IMPORTANTE

Mucho agradeceríamos a nuestros amables lectores, residentes en la Colonia, que, al trasladarse a la Península le notificaran previamente o a esta Administración o a cualquier de las residencias de los Misioneros, incluyendo nota de su dirección postal supuesto que deseen continuar recibiendo LA GUINEA ESPAÑOLA. *La Administración*



La sombra de un muerto.

Por Antonio Sardinha

Joao Franco, el último presidente del Consejo de Ministros del rey don Carlos, acaba de publicar un libro sensacional: las cartas que recibió del Monarca durante el Gobierno que entonces presidió.

Se recordará cómo terminó ese Gobierno. Terminó trágicamente en 1 de febrero de 1908 con el asesinato en plena calle del Monarca y del Príncipe real don Luis Felipe. Siguiéronse dos años de continuadas transigencias, los dos años del reinado de don Manuel II. hasta que, allanado su camino por complicidades, unas tácticas, otras inconscientes, la República se encontró, naturalmente, señora de los destinos de Portugal.

Sobre don Carlos, abaido a tiros como un lobo, llovieron los insultos de la opinión jacobina y sus asesinos fueron glorificados impudicamente como tiranicidas a la manera clásica. Despedido como un lacayo la misma noche de la tragedia (y altas personalidades palatinas llorarán ahora en el destierro el error que tal vez cometieran expulsándolo del Poder), Joao Franco convirtióse en un emigrado en su país, acapitando con un silencio nobilísimo las injusticias y las persecuciones de que fué blanco. Pasaron los años y cuando medito en la carrera fatal por que Portugal se despeña, como impelido por una inexorable mano siniestra, me acude siempre al espí-

ritu cierto pasaje de *Hamlet*: «¿Un crimen hace desaparecer la majestad del Rey? Pues en su lugar se abre un abismo pavoroso, donde se precipita todo cuanto la rodeaba.» En pocas palabras, tal es la desgraciada condición de Portugal. En el charco de de sangre, que es en nuestra Historia el regicidio, sumerge sus raíces la república como una enorme e insaciable flor de mal. Decapitada la sociedad portuguesa por la inmolación de un Monarca, vemos ahora a distancia que la falta de ese eje central, en que Portugal se apoyaba, desencadenó la tormenta en que entre nosotros parece derrotado todo cuanto por ventura queda de la antigua patria histórica. Infeliz en la impopularidad que rodeó su nombre, infeliz hasta en la casi indiferencia en que lo dejaron bajar a la tumba, don Carlos solo postumamente se encontró con la justicia a veces tardía, pero siempre cierta.

Poco a poco, lentamente, su gran figura venció la calumnia espesa que la obscurcía. Un día, recordándose sus raras cualidades diplomáticas; después poniéndose de manifiesto sus valiosas exploraciones oceanográficas, enseguida, rindiéndose homenaje a su talento tan amplio como sensible, de pintor, don Carlos, difunto, comenzó a reinar en la memoria de los portugueses, instintivamente inclinados a una rehabilitación que se nos imponía como un deber sagrado, puesto que la mancha infamante del regicidio pesaba sobre todos nosotros igualmente.

Todavía pasarán más años; todas las inteligencias dignas de ellos comprenderán al fin que en Portugal la República no ha sido otra cosa que la suma organizada de las fuerzas destructivas de la nacionalidad. No escribo esto como hombre de partido: lo escribo apelando si es posible, al testimonio de otros muertos como don Carlos: al testimonio de Guerra Junqueiro, de Bazilio Jeles, de José Pereira Sampaio, de cuantos, en suma, prepararon intelectualmente el advenimiento del nuevo régimen y que después tan honradamente no se reconocieron en él.

Guerra Junqueiro, que tan groseramente vibrara (grosera y sectariamente), en su formidable libelo «Patria», así aludía entonces a don Carlos.

«Termina la dinastía—Dios que la hizo tamaña.—Pónele punto final—Treinta arrobas de grasa».

Después, antes de morir el poeta de «Patria», no se inclinaba sólo delante de la claridad invencible de la Iglesia católica, sino también se inclinaba ese judío, enemigo irreconciliable por influencia atávica de nuestra doble formación católica y monárquica, delante del fantasma ensangrentado de don Carlos, y nadie ignora que entregó al Consejero Luis de Magalhaes un ejemplar de «Patria», completamente enmendado y limpio por su mano de las injurias que dirigiera a don Carlos.

Recuérdolo aquí porque, corriendo para la lectura de bastantes españoles un endeble y falso libro de Unamuno, por tierras de Portugal y España, es natural que no se olviden los insultos de que Unamuno cubre igualmente a don Carlos, apoyándose en Guerra Junqueiro.

Hablaremos brevemente de Unamuno y de su lusitanismo, tan hipócrita como antiportugués...

Opongo esta rectificación a afirmaciones suyas en que no ha mucho, con ocasión de la muerte de Guerra Junqueiro, reincidió cobardemente, ya que agredió a un muerto sin defensa (¡es tan fácil vencer un muerto!), y diré de paso que no llegarían a diez los intelectuales de mi país que suscribieron la protesta contra el destierro del catedrático de Salamanca. La mayoría de los que en Portugal manejan

la pluma u ostentan un título literario se resistieron significativamente a las instancias que en tal sentido les fueron hechas.

Pero nos desviamos de la línea principal del asunto. Ibamos diciendo que en Portugal todas las inteligencias dignas comprenden al fin el antagonismo irreductible de la nacionalidad con la República. A medida que esa comprensión aumenta y se acentúa, crece el prestigio del Rey asesinado. Nunca fué tan grande su realeza. ¡La realeza del desventurado don Carlos! Y entretanto, encerrado en un silencio sistemático e irremovible, Joao Franco, su último presidente del Consejo, no hablaba ni siquiera ensayaba un gesto, que siendo en propia defensa, repusiese al Rey en su lugar de total respeto. Ya todo declara en favor del Rey: la república en la lección tremenda de los acontecimientos, la vox populi, rodeando la memoria del Monarca fusilado, de una como filial admiración. Se esperaba el testimonio de Franco y ese testimonio llegó, y ha llegado en el momento oportuno, en la ocasión propicia.

Prologando el libro ahora publicado, el consejero Joao Franco se llama un exsurgente de sí mismo y se considera «amortajado y bajado políticamente a la sepultura», como el malaventurado Rey, tan malaventurado como superior y generoso en sus intenciones.

Son catorce las cartas que Joao Franco publica y comenta. En su trozo sencillo y firme se revela un «hombre» perfeccionado en una rara vocación de «monarca». Víctima, como su país, del liberalismo atrabiliario del siglo pasado, don Carlos, en el desvarío de los partidos y en la insensatez de los gobernantes procura acudir a la ruina de su patria, irguiéndose, interponiéndose entre la ficción del régimen que nos desnacionalizaba y mataba y el alma eterna, el alma paciente, pero rica de energías, de Portugal. Detrás de don Carlos otro semblante asoma, Joao Franco lo olvidó. Pero sin duda, don Carlos, al decidirse a ser para Portugal contra la mentira constitucional, de seguro lo tenía en el pensamiento. Me refiero a Oliveira Martins. No es conocido en España Oliveira Martins sino por el aspecto de crítica negativa de su obra. Con todo, el autor de la *Historia de la ci-ili-*

zación ibérica nos legó ejemplos más profundos y páginas más esclarecedoras que cuantos conceptos de Buckle parafraseó y glosó. Murió Oliveira Martins en los brazos de la Iglesia y antes sirvió a la Corona con un audaz deseo de renovación, sofocado luego por el espíritu incomprensivo que lo rodeaba.

Sólo don Carlos, mozo a la sazón, guardaría las inspiraciones de Oliveira Martins, su ministro. ¿Pero qué inspiraciones? Las de modificación del Parlamento por medio de la representación territorial y profesional. Las de intensificación de la autoridad real, por lo menos en los términos en que en los Estados Unidos el jefe del Estado ejerce su mandato. Las de una inaplazable y progresiva reforma de fomento rural, que reajizado ahora, salvaría a Portugal de muchas de las dificultades en que se hunde.

Cayó Oliveira Martins sin apoyo ni aplauso de la nación. En el Monarca, sin embargo, los proyectos del historiador-estadista, dejaron su huella, y muerto él prematuramente, fué con el consejero Joao Franco con quien el Rey se arrojó a la difícil empresa de limpiar los establos de Augias...

...Pero ¡ay de Portugal! Joao Franco no era Oliveira Martins. No bastaba la lucha contra los partidos existentes; no bastaba la moralidad en la Administración. No bastaba el propósito enérgico de mantener, contra el caciquismo y las oligarquías dominantes el sentir expreso de la colectividad. A Joao, Franco le faltaba un *principio*, el *principio* que falta a Maura. Yo comparo por eso el franquismo al maurismo en la eclosión magnífica de sus buenas voluntades y en el fracaso evidente de sus realizaciones.

Joao Franco pretendía tornar honesta, y hacer posible la fórmula constitucional que desagradaba a la nación. Oliveira Martins miraba más lejos, con visión más amplia y certera. He aquí por qué Oliveira Martins se nos presenta como uno de los precursores del movimiento de restauración de las virtudes históricas que toda Europa ansiaba. He aquí por qué Joao Franco no sería más que un simple episodio en la serie indefinida de las mutaciones gubernamentales si un regicidio no lo ligara dramáticamente al cadáver de un gran Monarca.

Personalmente el libro del consejero Joao Franco es un acto que sólo lo enaltece.

Políticamente lo condena, y lo condena sin remedio. Joao Franco *no sabía lo que quería*, no disponía de un derrotero seguro en el arriesgado viaje a que se lanzaba. Hace poco tiempo, ante los problemas que agitan a Europa, Joao Franco se mantenía perplejo agarrado a prejuicios ya desechados, a normas ya vacías y extintas. Con esto se hace mayor la tragedia del rey don Carlos.

Los que más lo estimaban y a los que él escogiera para colaboradores se distanciaban de él, singularmente por la mentalidad y por el vuelo de su espíritu. Concitando contra el Monarca los partidos constitucionales, Joao Franco no encontró otra solución que oponerles su partido, y Braganza, impopularizado y vilipendiado, cayó como un monstruo al doblar una esquina.

¡De ningún modo acuso a Joao Franco! De su libro, en detalles intensos, por la misma publicación de las cartas, con Carlos, el Rey mártir, sale extraordinariamente reforzado en las ignoradas cualidades de su carácter y de su talento.

¡Bien haya Joao Franco por los documentos que saca a luz, definitivos para el juicio de la posteridad sobre don Carlos! Estamos de acuerdo con sus palabras: «La conciencia nacional siente ya hoy que el rey don Carlos murió en el servicio de su país.» Nos obliga en todo caso la verdad a decir que la grandeza de D. Carlos (su grandeza de anticipado), no es todavía comprendida por su último presidente del Consejo.

¿Qué consecuencias pueden sacarse del libro de Joao Franco como provecho general?

Que las *situaciones personales* en política se gastan inevitablemente cuando un principio renovador no las renueva a ellas también. En el alma de don Carlos, depositado por la herencia de Oliveira Martins, ardía ese principio.

Heridos por la misma bala rodaron envueltos por el mismo viento de la catástrofe. Pero ya fuerzas inesperadas y nuevas se levantan, fuerzas de reconstrucción. Con su primavera latente coincide una como resurrección de don Carlos, el creciente movimiento rehabilitador en torno de su memoria. Es su segundo reinado que comienza.

¿Cuándo sonará para Portugal la hora de cerrar el paréntesis abierto por el regicidio?

NOTICIAS DE LA COLONIA

Si quiera por egoísmo. No es enigma para nadie, que sea un poco observador, el descenso de población, cada vez creciente entre la raza bubi: los poblados grandes se diezman, que es una verdadera pena y los pequeños desaparecen. Ante un fenómeno que hace tiempo venimos señalando, el alma se contrista al ver jóvenes convertidos en viejos prematuros; de tal manera que hoy se puede decir, que no existen viejos verdad.

Ante esa crisis de la raza, nosotros nos hemos detenido más de una vez y hemos querido indagar la causa. No sé si nos equivocamos mucho al atribuir el descenso de la población bubi a tres principalmente: a) al alcoholismo; b) a endemias descuidadas y al abandono; y c) al prematuro y escandaloso comercio sexual.

A) ante el alcohol el negro siente una gran debilidad y no sabe cohibirse y en su indiscreción y en su abuso se suicida, porque todas las bebidas alcohólicas son venenos por el mismo título que la morfina y el opio: «La mayor parte de los hombres que han alcanzado larga vida, han sido bebedores de agua» dice el famoso Bartolomé Robert.

Claro que no todas las bebidas alcohólicas han de medirse con igual criterio, pues en cuanto a la toxicidad, se cometería una injusticia atribuyéndola en igual grado al vino, cerveza, sidra y demás bebidas fermentadas, que a las que son producto de la destilación; pero como el moreno en general no se va a la mano en cuestión de su abuso, se imponen medidas de carácter restrictivo como se va haciendo, y regularlo de la manera que dificultando el uso, imposibilite el abuso: el alcoholismo no crea solo entre nosotros una crisis de casa, sino en toda Africa,

Solo a título de erudición y como medio de comprobación copio una carta de carácter particular que tengo entre mis manuscritos y dice: "Como curiosidad le pon-

go a continuación lo que el año pasado se gastó en dos casamientos celebrados en el mismo día en el pueblo X; 17 botellas de Rhum; 18 litros de licor fuerte; 12 botellas de Vermut; 8 litros de Anís 18 botellas de Cerveza; 187 ptas. en vino. Total en pesetas unas 759. Todo esto es lo que entregaron a los casados del pueblo que son 37 y aun así no quedaron contentos." Y este casamiento fué de los económicos, pues por eso se juntaron dos y no se pone en cuenta la cantidad de licores y vino repartido entre hombres y mujeres de la plebe.

Consecuencias, el desgaste de la raza en el orden físico; y en el orden moral, la dificultad de las uniones legales como Dios manda y por consiguiente la inmoralidad, por no poder afrontar tales gastos y no tener valor moral para oponerse a la imposición injusta de los mayores. Nosotros tenemos una legislación sobre alcoholes muy completa y para que sea de resultados solo falta que todos cumplamos con nuestro deber.

B) El moreno enferma y se abandona por completo: esta es otra causa de defunciones prematuras. Una pequeña dolencia, la falta de medicación y la inanición a que se condenan por indolencia o por pereza, hace desaparecer individuos, que con un mediano cuidado y unos remedios al alcance de la mayoría, se evitarían con beneficio de nuestra población indígena.

A las veces en nuestras excursiones hallamos indígenas, aún de los que tienen posición desahogada entre ellos, que cuando se sienten enfermar, se tumban en una cama improvisada, junto a la lumbre en una mala cocina y allí recostados todo el día o días, sin más medicación, que, a lo más, un potingue mal hecho y tomado a deshora, y así pasan la enfermedad, si no es grave y hay robustez en la naturaleza, o sucumben si es larga o sobreviene con alguna fuerza.

El negro es siempre un niño y como a tal es preciso curar sus endemias; previniéndoselas o ayudando su naturaleza. Si no tenemos la dicha de abrigar en nuestro corazón un sentimiento cristiano de cariño desinteresado para con el indígena, que al fin es nuestro hermano y de una naturaleza como la nuestra, pues la raza es una cosa muy accidental entre los hombres, por lo menos tengamos un sentimiento de humanidad y de egoísmo, que nos lleve a mirar con interés a algo que nos interesa y está ligado a nuestro mejoramiento económico.

No sería mucho pedir el que todos nuestros finqueros y entidades similares, sobre todo cuando se hallan alejados de los centros sanitarios activos, el que tuvieran a su disposición el Manual para uso de los Botiquines de los Puestos Militares, redactado por la Dirección de Sanidad de la Colonia en Abril de 1908, así como las recientes instrucciones de la actual Dirección de Sanidad sobre el tratamiento de algunas endemias propias de indígenas. Y si a esto se añadieran unos conocimientos teórico-prácticos sobre las primeras curas de enfermos y el botiquín que en esos impresos se indica, tendríamos la satisfacción de poder decir que toda vivienda de mediana importancia y todo centro de población obrera es a su vez un centro sanitario, con lo que sin excluir la acción del profesional a su debido tiempo, se evitarían agravamientos de dolencias y estados infecciosos.

Para todo colonial debe ser un caso de conciencia y de egoísmo, la repoblación indígena, el mejoramiento de la raza y su educación física, religiosa y social: para esto hemos venido.

C) El comercio sexual entre jóvenes procazes y entre mayores con impúberes está causando perjuicios enormes: si el alcoholismo degrada, el comercio sexual embrutece las almas, al mismo tiempo que corrompe los cuerpos. Los que hemos tratado generaciones, que en la época de su moderación aparecían hermosas en sus cuerpos y de buenos sentimientos en sus almas y que puestas al contacto con el mundo, las hemos visto lascias y de cuerpos feos, podemos hablar.

La sífilis y las manifestaciones endémicas de carácter venéreo, no acusan otra causa que el abuso sexual y estas generaciones, que todavía no tienen el sentimiento del pudor y de la continencia, solo se corregirán con ideas y ejemplos de pudor, con la implantación del matrimonio cristiano que entre otros fines tiene el de la moderación de la concupiscencia, con el freno legal que prohíbe el aborto, la corrupción de menores y regula las condiciones del divorcio, al mismo tiempo que ampara la libertad de los que desean contraer matrimonio dentro de la legislación canónica y civil, sin que sea, ni humano, ni moralizador, ni mucho menos cristiano, parecerse las gentes como se parecen los animales. Las consecuencias se palpan al apagarse la pasión o cambiar de persona; entonces sobrevienen los abandonos, los malos tratos y la miseria, sin la educación de los hijos nacidos al calor de la concupiscencia.

Ahí tenemos tres causas que, a nuestro juicio, contribuyen cada una por su parte al desmembramiento de nuestros centros de población: estas causas no son privativas nuestras, pues por las relaciones de nuestros Misioneros, las vemos en todo el continente negro y son las verdaderas plagas del África y para cuya extinción trabajan de consuno la Religión y las legislaciones coloniales.

Defunciones.— El 25 de Octubre a las cuatro de la tarde falleció inesperadamente en Santa Isabel, víctima de un ataque de tétanos, el joven recién llegado de la Península, D. Francisco López y López.

La circunstancia de ser el finado, hijo del distinguido publicista colonial y antiguo agricultor, el culto y simpático, D. Francisco López Canto, contribuyó a que la manifestación de duelo por su fallecimiento fuera mayor y más sentida.

Descanse en paz el alma del finado y reciba su familia la expresión de nuestro pésame por tan inesperada y sentible desgracia.

A fines del mes pasado falleció el dependiente de las Obras Públicas, D. Eduardo Conde: hacía tiempo venía señalado como atacado de enfermedad del sueño y en este concepto fué tratado en Madrid por la Sección de Bacteriología del Instituto de

Alfonso XIII. Repuesto vino a la Colonia en donde trabajaba como afecto al servicio de las -Obras Públicas R. I. P.

Un Radio.— El día 8 por la tarde se recibió un interesante Radio en el Gobierno General, en el que el Sr. Sub-Secretario del Ministerio de Estado, ponía en conocimiento, que de Real Orden el 5 del actual se había adjudicado el servicio marítimo intercolonial.

La fiesta de la Inmaculada.— Se celebró como en años anteriores, habiéndose podido desarrollar todas las funciones con un concurso muy numeroso gracias a lo apacible del tiempo.

La Misa Pontifical muy concurrida y tanto, que resultaba muy reducida nuestra espaciosa Catedral; pero sobre todo la Procesión de la tarde resultó de unos tonos encantadores por la multitud, orden y compostura de una tan diferente clase de gentes como concurrieron a testimoniar su fe y amor a la gran Madre de Dios: muy bien.

El Ilmo. Sr. Obispo, verdaderamente conmovido, no pudo menos de dar a todos las más expresivas gracias por acto tan conmovedor. Para las beneméritas Autoridades tuvo frases de reconocimiento y gratitud, prometiendo en nombre de Dios y de su Sma. Madre las bendiciones del cielo.

El Excmo. Sr. Gobernador General.—Hoy a las nueve de la mañana ha anclado nuestro vapor *Montserrat* y como ya teníamos anunciado vino para hacerse cargo de nuevo del mando de la Colonia el Excmo. Sr. Don Angel Barrera.

El recibimiento ha sido espléndido y a ello ha contribuido lo apacible del día, una multitud grande moviéndose en todas direcciones con un orden admirable, el elemento europeo que se puede decir estuvo en masa y nuestras Autoridades Superiores y Locales: la Guardia Colonial en pleno formó y rindió los honores a nuestra Primera Autoridad.

Nuestros indígenas han dado una nota muy particular en esta vez; diferentes grupos, principalmente de Bujebas, Mgumbas y Bulus, y reñemorando el protocolo de los días de sus alegrías, han formado por su ordenados grupos que han maniobrado con actitud verdaderamente rítmica, lanzando entusiastas Vivas a España, a S. M. el Rey

y al Excmo. Sr. Gobernador General: la actuación de nuestros indígenas ha sido una nota típica y de color simpático.

Las diferentes Sociedades indígenas acudieron al muelle y allí saludaron a S. Excia. después de haberlo hecho las Autoridades.

De la playa subimos a la Catedral: el tránsito se hacía difícil por la multitud de gente que se agolpaba por todas partes: el sagrado recinto se llenó al momento, apareciendo de estrechas dimensiones sus naves.

El Ilmo. Sr. Obispo, revestido de pontifical, después de dar la más expresiva bienvenida a S. Excia. en acción de gracias por los beneficios recibidos de Dios e implorando la protección divina sobre la honorable persona de nuestra Primera Autoridad, entonó el Te-Deum, que ejecutó la Capilla de nuestra Catedral.

A continuación se celebró la recepción en la Casa-Gobierno que como todo lo demás nos pareció muy concurrida, donde todos personalmente dieron la bienvenida a S. Excia. que aparecía emocionado ante la manifestación del cariño popular.

Para esta tarde y días sucesivos están anunciadas manifestaciones de saludo y bienvenida, organizadas por las diferentes Sociedades de esta Población: la retreta de la noche organizada por Bujebas, Bulus y Mgumbes es esperada del público con ansia.

Nosotros reiteramos a S. Excia. nuestro saludo y expresión de sentimientos, congratulándonos por las manifestaciones de que es objeto nuestra Primera Autoridad, haciendo votos porque todos contribuyamos a que sean una realidad aquellas palabras del saludo del Excmo. Sr. Gobernador General, cuando después de cambiar en público sus primeras impresiones, nos alentó a la realización del progreso colonial al amparo de estas ideas, Unión, Trabajo y Amor a la Colonia.

Esto es por lo que hace años venimos laborando desde estas humildes páginas, haciendo notar que nuestra desunión, nuestro individualismo y el considerarnos como aves de paso han sido las causas del retardo de nuestro progreso colonial, que dadas nuestras energías e historia debiera haber sido activo y de solidez positiva.

Ruiaz